

Dar sentido a la memoria

Una crítica metodológica a los estudios sobre la memoria colectiva¹

Wulf Kansteiner

Wulf Kansteiner es profesor de la State University of New York, Binghamton. Ha publicado recientemente *The historiography of the Final Solution* (2007). El presente ensayo apareció inicialmente en *History and Theory* 41.

Los estudios sobre la memoria colectiva reúnen dos intereses aparentemente contradictorios. Por una parte, el estudio de la memoria convierte a los investigadores en ciudadanos preocupados que comparten la carga de la crisis de la memoria contemporánea. Como «expertos en la memoria», podemos explorar el impacto social del desarrollo acelerado de las tecnologías de la comunicación, las incertidumbres de pertenencia colectiva después del final de la Guerra Fría, y los retos de alcanzar posturas consensuadas en torno a guerras y genocidios.² Por otra parte, el estudio de la memoria es un auténtico ejercicio intelectual, que permite a los académicos responder a las cuestiones filosóficas más interesantes de la pasada centuria. En concreto, a través del concepto de memoria, podemos demostrar a los pocos críticos posmodernos que quedan cómo funcionan realmente las representaciones y cómo se puede explicar el poder de las mismas.³

La singular combinación de relevancia social y reto intelectual explica la popularidad de este campo. Pero mientras la memoria se ha convertido claramente en un concepto central en las humanidades y ciencias sociales, sigue siendo confuso hasta qué punto esta convergencia es un reflejo de intereses intelectuales y metodológicos realmente compartidos.⁴ Este ensayo expone el estado de la cuestión de los estudios sobre memoria colectiva, analizando su terminología y especialmente sus soportes conceptuales. Esta investigación acerca de un espacio interdisciplinar complejo constituye la base de tres conclusiones: 1) Los estudios sobre la memoria colectiva todavía no la han conceptualizado suficientemente como una forma distinta de memoria individual. En consecuencia, la naturaleza y la dinámica de las memorias colectivas son frecuentemente tergiversadas mediante el uso simplista de métodos psicoanalíticos y psicológicos. 2) Los estudios sobre la memoria colectiva no han prestado aún suficiente atención al problema de la recepción tanto en términos de métodos como de fuentes. En consecuencia, los trabajos sobre memorias colectivas específicas a menudo no pueden iluminar la base sociológica de las representaciones históricas. 3) Cabe abordar algunos de estos problemas adoptando y desarrollando los métodos de los estudios sobre medios y comunicación, especialmente en lo relativo a cuestiones de recepción. En este sentido, habría que conceptualizar la memoria colectiva como el resultado de la interacción de tres factores históricos: las tradiciones intelectuales y culturales que enmarcan todas nuestras representaciones del pasado; los creadores de memoria, aquellos que de manera selectiva eligen y manipulan esas tradi-

1. Agradezco los comentarios recibidos sobre versiones anteriores de este ensayo por Nina Caputo, Claudio Fogu, Saul Friedlander, Mitch Hart, Michael Kammen, Jonathan Karp, Kerwin Klein, Dominick LaCapra y Ned Lebow. El proyecto ha sido generosamente respaldado por el *Mershon Center* en Ohio State University.

2. Estas conexiones son subrayadas por Andreas Huyssen: *Twilight memories: Marking time in a culture of Amnesia*, Nueva York, Routledge, 1995; Aleida Assmann: *Erinnerungsräume: Formen und Wandlungen des kulturellen Gedächtnisses*, Munich, Beck, 1999; y James Young: *At Memory's Edge: After-Images of the Holocaust in Contemporary Art and Architecture*, New Haven, Yale University Press, 2000.

3. Véase especialmente Kerwin Lee Klein: «On the Emergence of Memory in Historical Discourse», *Representations*, 69 /2000, págs. 127-150.

4. Susannah Radstone: «Working with Memory: An introduction», en Radstone (ed.): *Memory and Methodology*, Oxford, Berg, 2000, págs. 1-22; véase también Patrick Geary: «The Historical Material of Memory», en Giovanni Ciapelli y Patricia Lee Rubin (eds.): *Art, Memory, and Family in Renaissance Florence*, Cambridge, Cambridge University Press, 2000, págs. 17-25, y comparar con Assmann: *Erinnerungsräume*, pág. 17.

ciones; los consumidores de memoria, aquellos que usan, ignoran o transforman tales artefactos de acuerdo con sus propios intereses.

Los estudiosos de la memoria colectiva, ciertamente, van en pos de un fenómeno sumamente escurridizo. La memoria colectiva no es historia, aunque en ocasiones está hecha de un material similar. Es un fenómeno colectivo pero sólo se manifiesta en las acciones y declaraciones individuales. Puede referirse a eventos histórica y socialmente remotos pero habitualmente favorece intereses contemporáneos. Es tanto resultado de una manipulación consciente como absorción inconsciente y está siempre sujeta a mediación. Y sólo puede ser observada por procedimientos indirectos, más a través de sus efectos que de sus características. En definitiva, los estudios de la memoria colectiva representan una nueva aproximación a «al más elusivo de los fenómenos, la *conciencia popular*».⁵

Profusión terminológica

Muchos historiadores que analizan la memoria colectiva toman la obra del sociólogo francés Maurice Halbwachs como su principal punto de referencia teórico.⁶ Siguiendo a Halbwachs, un discípulo de Durkheim, entienden la memoria colectiva como aquellas representaciones del pasado compartidas colectivamente. El énfasis de Halbwachs en la función de la comunicación diaria en el desarrollo de la memoria colectiva y su interés por las manifestaciones del discurso social casan muy bien con los temas historiográficos recientes, especialmente en lo referido a aspectos de la representación histórica. No obstante, muchos historiadores siguen sintiéndose incómodos ante el resuelto anti-individualismo de Halbwachs. Objetan que «los durkheimianos sostienen tenazmente que la memoria individual está determinada por completo socialmente», y de ahí que eliminan el papel del individuo en la historia de la memoria colectiva.⁷ Como resultado, aunque Halbwachs es frecuentemente citado, los historiadores se distancian de su modelo para regresar a uno de sus temas favoritos: las acciones y objetivos de los individuos en la historia.

Con objeto de hallar alternativas a la concepción sociológicamente «ocupada» de la memoria colectiva, los estudiosos han acuñado expresiones como «memoria social»,⁸ «recuerdo colectivo»⁹ y «la producción popular de historia»,¹⁰ o bien han rechazado totalmente la necesidad de una nueva terminología en favor del anticuado concepto de «mito».¹¹ Esta multitud de términos ha aumentado aún más a medida que los investigadores han tratado de desarrollar expresiones que iluminasen la base social o la función social de la memoria colectiva que analizaban. Así, el léxico de los estudios sobre memoria incluye términos como «memoria nacional», «memoria pública», «memoria vernácula» y «contramemoria».¹²

Esta diversidad terminológica oscurece el hecho de que la mayor parte de las contribuciones en el campo de los estudios sobre la memoria desarrolla programas de investigación que solían navegar por separado. Así sucede con los trabajos metodológicamente innovadores en historia de las mentalidades, historia oral,¹³ historia de la vida cotidiana y de la cultura popular, así como de la conciencia histórica,¹⁴ pero es particularmente marcado en áreas de investigación conocidas tradicionalmente como «historia cultural-intelectual». Esta empresa de «reetiquetado» a gran escala explica la sorprendente dimensión cuantitativa de la oleada memorial, y el hecho de que los más novedosos estudios sobre la memoria tienden a reducir la memoria colectiva a un efecto de la acción humano.

5. John Dower: *Embracing Defeat: Japan in the Wake of World War II*, Nueva York, Norton, 1999, pág. 25.

6. Maurice Halbwachs: *Les Cadres sociaux de la mémoire*, París, Alcan, 1925; Halbwachs: *La Topographie légendaire des Évangiles en Terre Sainte: Étude de mémoire collective* (París: Presses universitaires de France, 1941); Halbwachs: *La mémoire collective*, publicado póstumamente por Jeanne Alexandre, París, Presses Universitaires de France, 1950; véase también la discusión sobre la obra de Halbwachs en Patrick Hutton: *History as an Art of Memory*, Hanover, N.H., University Press of New England, 1993, págs. 73-90; para una introducción general y contextualización del constructivismo social, véase Nancy Nelson Spivey: *The Constructivism Metaphor: Reading, Writing and the Making of Meaning*, San Diego, Academic Press, 1997, cap. 1, especialmente págs. 17-26.

7. Jay Winter y Emmanuel Sivan: «Setting the Framework», en Winter y Sivan (eds.): *War and Remembrance in the Twentieth Century*, Cambridge, Cambridge University Press, 1999, pág. 23.

8. James Fentress and Chris Wickham: *Social Memory*, London, Blackwell, 1992.

9. Winter and Sivan: «Setting the Framework», *op. cit.*

10. Roy Rosenzweig and David Thelen: *The Presence of the Past: Popular Uses of History in American Life*, Nueva York, Columbia University Press, 1998, pág. 3.

11. Noa Gedi and Yigal Elam: «Collective Memory-What is it?», *History and Memory*, 8/1996, págs. 30-50.

12. El término contramemoria deriva de Foucault; véase Hutton: *History as Art of Memory*, págs. 106-123. Frente a la memoria vernácula, la memoria pública designa memorias producidas o promocionadas oficialmente como algo muy distinto a la memoria desde abajo; véase por ejemplo, John Bodnar: *Remaking America: Public Memory, Commemoration, and Patriotism in the Twentieth Century*, Princeton, Princeton University Press, 1992; también John Gillis: «Memory and Identity: The History of a Relationship», en Gillis (ed.): *Commemorations: The Politics of National Identity*, Princeton, Princeton University Press, 1994, pág. 6.

13. En el caso de la historia oral, la conexión con estudios sobre la memoria es acertadamente ilustrada por Lutz Niethammer: *Lebenserfahrung und kollektives Gedächtnis: Die Praxis der «Oral History»*, Frankfurt, Syndicat Autoren – und Verlagsgesellschaft, 1980.

14. Para recientes trabajos sobre la conciencia histórica, muy relevantes para los estudios sobre la memoria, véase, por ejemplo, Jürgen Straub (ed.): *Erzählung, Identität und historisches Bewusstsein: Die psychologische Konstruktion von Zeit und Geschichte*, Frankfurt, Suhrkamp, 1996; Jörn Rüsen y Jürgen Straub (eds.): *Die dunkle Spur der Vergangenheit: Psychoanalytische Zugänge zum Geschichtsbewusstsein*, Frankfurt, Suhrkamp, 1998; y Félix Philipp Lutz: *Das Geschichtsbewusstsein der Deutschen: Grundlagen der politischen Kultur in Ost und West*, Colonia, Böhlau, 2000.

15. Véase, por ejemplo, Mieke Bal, Jonathan Crewe y Leo Spitzer (eds.): *Acts of Memory: Cultural Recall in the Present*, Hanover, N.H., University Press of New England, 1999; Dan Ben-Amos y Liliane Weissberg (eds.): *Cultural Memory and the Construction of Identity*, Detroit, Wayne State University Press, 1999; y especialmente Marita Sturken: *Tangled Memories: The Vietnam War, the Aids Epidemic, and the Politics of Remembering*, Berkeley, University of California Press, 1997.

16. Jan Assmann: «Collective Memory and Cultural Identity», *New German Critique*, 65/1995, pág. 132; véase también Jan Assmann: *Das kulturelle Gedächtnis: Schrift, Erinnerung und politische Identität in den frühen Hochkulturen*, Munich, Beck, 1992.

17. Véase Jan Assmann: «Collective Memory and Cultural Identity», pág. 130.

18. Lutz Niethammer: «Diesseits des 'Floating gap': Das Kollektive Gedächtnis und die Konstruktion von Identität im wissenschaftlichen Diskurs», en Niethammer: *Deutschland danach: Postfaschistische Gesellschaft und nationales Gedächtnis*, Bonn, Dietz, 1999, págs. 565-582. Con respecto al interés concedido por los observadores de la segunda generación véase el útil concepto de «postmemoria» propuesto por Marianne Hirsch, *Family Frames: Photography, Narrative, and Postmemory*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1997, especialmente pág. 22.

Muchos de los estudios conceptualmente más interesantes sobre la memoria giran en torno al término de «memoria cultural», a fin de retener y desarrollar el énfasis de Halbwachs en la materialidad de la memoria.¹⁵ En este contexto, la yuxtaposición que hace Jan Assmann de la memoria comunicativa y la cultural es particularmente útil. La primera se referiría a las comunicaciones cotidianas sobre el significado del pasado caracterizadas por la inestabilidad, la desorganización y la no especialización. Dichas comunicaciones cotidianas tienen un horizonte temporal limitado a entre ochenta y cien años y por definición se encuentran fuertemente influidas por los contemporáneos de los propios acontecimientos. En cambio, la memoria cultural «está integrada por ese corpus de textos reutilizables, imágenes y rituales específicos de cada sociedad en cada época, cuyo “cultivo” sirve para estabilizar y transmitir la autoimagen de esa sociedad».¹⁶ La memoria cultural es cultura objetivada, es decir, se compone de textos, ritos, imágenes, edificios y monumentos diseñados para recordar eventos decisivos en la historia del colectivo. Como legado oficialmente sancionado de una sociedad, se proyectan a la *longue durée*.

Assmann hace asimismo una importante distinción entre memoria cultural potencial y real. Para él la memoria cultural se sitúa en el terreno de lo potencial cuando las representaciones del pasado permanecen sepultadas en archivos, bibliotecas y museos, y accede a una dimensión real cuando, en un nuevo contexto social e histórico, dichas representaciones son adoptadas y dotadas de nuevo significado. Esas distinciones sugieren que las representaciones específicas del pasado podrían recorrer toda la escala, desde el terreno de la memoria comunicativa al de la memoria cultural real y finalmente al de la potencial (y viceversa). Pero en el proceso cambian su intensidad, profundidad social y significado.¹⁷ Los conceptos de Jan Assmann nos recuerdan que la memoria colectiva, pese a su capacidad para transmitir interés por acontecimientos históricos a las generaciones futuras, suele estar fuertemente sesgada hacia el presente. De hecho, dedica gran cantidad de tiempo, espacio y recursos a la comunicación acerca de sucesos que ocurrieron dentro de la vida de sus productores y consumidores. Dicho de otro modo, en palabras de Lutz Niethammer, la memoria colectiva básicamente se aloja más acá del «vacío flotante» entre memoria e historia.¹⁸

El trabajo de Pierre Nora, siguiendo la línea de Halbwachs, carece de la precisión conceptual de las contribuciones de Jan Assmann, pero el historiador francés, uno de los más destacados en este campo, ha elaborado asimismo la más ambiciosa historización del fenómeno de la memoria. Con prosa elegante, propone un modelo de tres fases que es tan eurocéntrico como sencillo y aparentemente convincente. Divide la historia de la memoria en tres periodos, premoderno, moderno y posmoderno. Los tiempos premodernos están caracterizados por una relación natural y no reflexionada entre las personas y su pasado. Sus entornos de memoria sostienen tradiciones y rituales que proporcionan un sentido estable de ubicación temporal a los miembros de las comunidades de memoria locales. Para Nora, la pérdida de inocencia de la memoria tuvo lugar durante el siglo XIX, con la aceleración de la vida cotidiana debida a la modernización industrial y social. A medida que las viejas tradiciones y pertenencias perdían significado, la relación entre la gente y su pasado era reestructurada a través de simulaciones de memoria natural de primer orden. Las elites producían lugares de memoria en el lenguaje y con monumentos y archivos que tenían un referente común, el Estado-nación, con la finalidad de asegurar el futuro de éste a través de la imposición de tradiciones inventadas. El colapso de la ideología y de la realidad del Estado-

19. Véase especialmente Pierre Nora: «General Introduction: Between Memory and History», en Lawrence Kritzman (ed.): *Realms of Memory: Rethinking the French Past*, vol. 1, Nueva York, Columbia University Press, 1996; y Pierre Nora: «The Era of Commemoration», en Lawrence Kritzman (ed.): *Realms of Memory: Rethinking the French Past*, vol. 3, Nueva York, Columbia University Press, 1998; para brillantes discusiones sobre el proyecto de Nora y su metodología véase también Nancy Wood: «Memory's Remains: Les lieux de mémoire», *History and Memory*, 6/1994, págs. 123-149, incluido en Nancy Wood: *Vectors of Memory: Legacies of Trauma in Postwar Europe*, Oxford, Berg, 1999; y Peter Carrier: «Places, Politics and the Archiving of Contemporary Memory in Pierre Nora's *Les Lieux de mémoire*», en Radstone: *Memory and Methodology*, págs. 37-57.

20. Allan Megill: «History, Memory, Identity», *History of the Human Sciences* 11/3, 1998, pág. 40.

21. Jeffrey Olick and Joyce Robbins: «Social Memory Studies: From 'Collective Memory' to the Historical Sociology of Mnemonic Practices», *American Review of Sociology* 24/1998, 1, págs. 105-140 y las sugerentes reflexiones sobre identidad colectiva desde la perspectiva de la teoría de las relaciones internacionales por Rodney Gruce Hall: *National Collective Identity: Social Constructs and International Systems*, Nueva York, Columbia University Press, 1999.

22. Mary Carruthers: *The Book of Memory: A Study of Memory in Medieval Culture*, Nueva York, Cambridge University Press, 1990; Elisabeth Valdez del Alamo y Carol Stamatis Pendergast (eds.): *Memory and the Medieval Tomb*, Aldershot, Ashgate, 2000; y Charles Hedrick: *History and Silence: Purge and Rehabilitation of Memory in Late Antiquity*, Austin, University of Texas Press, 2000.

23. Megill: «History, Memory, Identity», pág. 56; véase también David Lowenthal: *The Past is a Foreign Country*, Cambridge, Cambridge University Press, 1985, pág. 214; y el matizado ensayo de Dominick LaCapra: *History and Memory after Auschwitz*, Ithaca, Nueva York, Cornell University Press, 1998, págs. 19-21.

24. Peter Burke: «History as Social Memory», en Thomas Butler (ed.): *History, Culture, and the Mind*, Nueva York, Basil Blackwell, 1989, pág. 98.

nación en el siglo xx provocó que esas simulaciones de primer orden fuesen reemplazadas por simulaciones de segundo orden de memoria natural. La cultura mediática de finales del siglo xx vomita identidades y representaciones del pasado que tienen escasa relación con ningún tipo de tradición compartida, mundo de vida o instituciones políticas más allá del frenético ritmo del consumo de medios de comunicación en sí mismo.¹⁹

Los intentos de historizar la memoria, como es el caso de Nora, indican que nuestra crisis de memoria se encuentra asociada a una crisis de identidad. En concreto, la preocupación por la memoria en contextos no-académicos —por ejemplo, círculos terapéuticos, el sistema judicial y los conflictos étnicos de la época posterior a la Guerra Fría— muestra que la memoria adquiere valor allí donde la identidad se problematiza.²⁰ A pesar de esta relativamente obvia relación, la conexión entre memoria e identidad ha sido hasta el momento raramente discutida en los estudios sobre la memoria.²¹ No es posible llenar este vacío aquí, pero subrayamos que repensar los estudios de la memoria desde la perspectiva de la construcción de identidades plantea dos cuestiones relevantes. Primera, la atención a la identidad realza el valor de uso, político y psicológico, de las memorias colectivas. Como ya hemos visto, las representaciones del pasado desprovistas de tal valor de uso deberían ser designadas más bien como tradiciones desechadas y/o como memorias colectivas potenciales del futuro, pero no serían memorias colectivas *per se*. En segundo lugar, junto a esta distinción tan importante, la atención a la identidad sugiere que nuestras modernas crisis de memoria podrían no ser tan excepcionales como tendemos a pensar. A pesar de todos nuestros esfuerzos de historización, la historia de la memoria no se limita a la historia de la modernidad. De pasada digamos que esta conclusión se apoya en una amplia variedad de investigaciones sobre la memoria colectiva en la Antigüedad y la Edad Media.²²

Los propios historiadores se han visto forzados a repensar su identidad en tanto que investigadores y eruditos a raíz del gran impulso de los estudios sobre la memoria. Si una mayoría de académicos mantiene todavía que «la historia se opone firmemente a la memoria porque exige pruebas», no deja de haber buenas razones para cuestionar una división epistemológica tan neta entre las representaciones académicas y no-académicas del pasado.²³ Tal vez sería más apropiado definir la historia como un tipo particular de memoria cultural porque, tal y como Peter Burke subrayara ya en 1989, «ni las memorias ni las historias parecen objetivas por más tiempo. En ambos casos estamos aprendiendo a tomar en consideración la selección consciente o inconsciente, la interpretación y la distorsión. En ambos casos esta selección, interpretación y distorsión está socialmente condicionada».²⁴ La relación de la memoria con la historia sigue siendo uno de los retos teóricos más interesantes en este campo.

Entre lo individual y lo colectivo

Otra área por aquilatar de los estudios sobre memoria colectiva es la relación precisa entre lo individual y lo colectivo. A primera vista, los recientes estudios psicológicos y neurológicos proporcionan muchas razones para una síntesis de la memoria individual y la colectiva, pues una y otra vez tales investigaciones han puesto de manifiesto la naturaleza social del acto individual de recordar y olvidar. Incluso en un nivel neurológico nuestra capacidad de almacenar, recordar y dar un nuevo formato a las experiencias e informaciones verbales y no verbales, no puede dissociarse de las pautas de percepción aprendidas en

25. Éste es uno de los muy interesantes resultados de la investigación neuropsicológica sobre la distorsión de la memoria; véase, por ejemplo, las investigaciones recientes por Daniel Schacter et al. en Schacter (ed.): *The Cognitive Neuropsychology of False Memory*, Hove, Psychology Press, 1999; y Schacter, *Searching for Memory: The Brain, the Mind, and the Past*, Nueva York, Basic Books, 1996.

26. Para investigaciones psicológicas sobre memoria autobiográfica véase por ejemplo David Rubin (ed.): *Remembering our Past: Studies in Autobiographical Memory*, Nueva York, Cambridge University Press, 1996; Martin Conway et al. (ed.): *Theoretical Perspectives on Autobiographical Memory*, Dordrecht: Kluwer, 1992; y, más general, véase Martin Conway et al. (ed.): *Theories of Memory II*, Hove, Psychology Press, 1998.

27. Michael Schudson: «Dynamics of Distortion in Collective Memory», en Daniel Schacter (ed.): *Memory Distortion: How Minds, Brains, and Societies Reconstruct the Past*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1995, pág. 346.

28. Paul Connerton: *How Societies Remember*, Cambridge, Cambridge University Press, 1989, pág. 37; véase también la discusión de las investigaciones neurológicas y psicológicas para propósitos de la historia cultural en Elisabeth Domansky y Harald Welzer (eds.): *Eine offene Geschichte: Zur kommunikativen Tradierung der nationalsozialistischen Vergangenheit*, Tübingen, Edition Diskord, 1999, págs. 11-23; Winter y Sivan: «Setting the Framework», págs. 10-19; y Schacter: *Memory Distortion*.

29. Susan Crane: «Writing the Individual Back into Collective Memory», *American Historical Review* 102/1997, págs. 1372-1385; y Winter y Sivan: «Setting the Framework».

30. Véase la excelente discusión de Jeffrey Olick en Olick: «Collective Memory: The Two Cultures», en Jan-Werner Müller (ed.): *Memory and Power in Post-war Europe: Studies in the Presence of the Past*, Cambridge, Cambridge University Press, 2002.

31. Esta engañosa asunción está brillantemente detallada en Paul Edwards: *To Acknowledge a War: The Korean War in American Memory*, Westport, Conn.: Greenwood, 2000, pág. 18: «Cuando las naciones, como los individuos, tratan de reescribir el pasado de tal manera que ignoren su impacto, es probable que enfermen y que sus afirmaciones se transformen en obsesiones».

nuestro entorno social, tanto inmediato como más amplio.²⁵ El propio lenguaje y las pautas narrativas que utilizamos para dar expresión a la memoria, incluso a la memoria autobiográfica, son inseparables de los criterios sociales de plausibilidad y autenticidad implícitas en ellos.²⁶ En este sentido, «la memoria individual no existe».²⁷

La impresionante coincidencia que se da entre las perspectivas psicológica, sociológica, histórica y artística acerca de la memoria humana parece confirmar a Halbwachs, quien ya en 1925 había argumentado que «la idea de una memoria individual, absolutamente separada de la memoria social, es una abstracción prácticamente carente de sentido».²⁸ Pero el hecho de que la memoria individual no pueda ser conceptualizada y estudiada sin recurrir a su contexto social no implica necesariamente lo contrario, es decir, que la memoria colectiva sólo pueda ser imaginada y alcanzada a través de su manifestación en individuos. Como mínimo, hay que distinguir entre diferentes tipos de memoria «social», la memoria autobiográfica por una parte y la memoria colectiva por la otra. Por omitir dicha distinción, muchas indagaciones en torno a la memoria colectiva cometen un error metodológico tentador pero potencialmente grave: perciben y conceptualizan la memoria colectiva exclusivamente en términos de la dinámica psicológica y emocional del recuerdo individual.

Dado que muchas veces se traspasa el umbral entre lo individual y lo colectivo sin ningún ajuste metodológico, se dice que los colectivos recuerdan, olvidan o reprimen el pasado; pero esto se hace sin ninguna conciencia de que tal lenguaje es en el mejor de los casos metafórico y en el peor engañoso en lo tocante al fenómeno estudiado. Los historiadores racionalizan esta confusión y eluden el reto teórico y metodológico de pensar en términos de colectivos como algo diferente de los individuos haciendo hincapié en el papel de la acción humana (*human agency*) en la elaboración de la memoria colectiva. Fijan su atención en actividades memoriales como por ejemplo la construcción de museos, asumiendo que el objeto realizado y su significado son prescritos por los objetivos conscientes o inconscientes de sus artífices.²⁹

Estos errores de concepto son producto de una sutil pero decisiva asimilación de la «memoria recopilada» a la «memoria colectiva».³⁰ La memoria recopilada es un agregado de memorias individuales que se comporta y desarrolla justo como sus componentes individuales y que puede ser por tanto estudiado recurriendo a toda la gama de métodos y percepciones neurológicos, psicológicos y psicoanalíticos que tienen como objeto las memorias individuales. Desafortunadamente, la memoria colectiva no se comporta de acuerdo con tales reglas, tiene su propia dinámica y hay que aproximarse a ella utilizando los métodos adecuados de análisis.

Por ejemplo, podría tener sentido convenir con Freud que la incapacidad de un individuo para elaborar su pasado acaba generando síntomas indeseados de disfunción psicológica, que el yo se basa en un sentido de la continuidad que hace imposible reprimir el pasado sin tener que pagar un precio psicológico por ello. Pero a escala colectiva, especialmente a escala de los grandes colectivos, tales presunciones resultan engañosas.³¹ Las naciones pueden reprimir con impunidad psicológica; su memoria colectiva pueden ser modificadas sin un «retorno de lo reprimido». Por eso, «al hablar del olvido social, haríamos bien dejando al margen las categorías psicológicas o psicoanalíticas y centrándonos, más bien, en los factores sociales, políticos y culturales en acción».³²

32. Iwona Irwin-Zarecka: *Frames of Remembrance: The Dynamics of Collective Memory*, New Brunswick, N.J., Translation Publishers, 1994, pág. 116. Esto también explica por qué un número de académicos han planteado firmes objeciones al uso de métodos propios de la psicología y el psicoanálisis individual para el estudio de memorias colectivas, incluyendo a Marc Bloch ya en 1925 (Marc Bloch: «Mémoire collective, tradition, et coutume», *Revue de Synthèse Historique* 40/1925, págs. 73-83, citado en Burke: «History as Social Memory») y por qué algunos clásicos de la literatura sobre la *Vergangenheitsbewältigung* en Alemania son metodológicamente problemáticos (pero no moralmente); véase especialmente Margaret y Alexander Mitscherlich: *The Inability to Mourn*, Nueva York, Grove, 1975.

33. Véase, por ejemplo, Gillian Banner: *Holocaust Literature: Schulz, Levi, Spiegelman and the Memory of the Offense*, Londres, Vallentine Mitchell, 2000; y especialmente Lawrence Langer: *Holocaust Testimonies: The Ruins of Memory*, New Haven, Yale University Press, 1991.

34. Cathy Caruth: *Unclaimed Experience: Trauma, Narrative, and History*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1996, pág. 6; véase también Caruth: «Introduction», en Caruth (ed.): *Trauma: Explorations in Memory*, Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1995, págs. 3-12; y cfr. Paul Antze y Michael Lambek (eds.): *Tense Past: Cultural Essays in Trauma and Memory*, Nueva York, Routledge, 1996.

35. LaCapra: *History and Memory after Auschwitz*, pág. 23; véase también Dominick LaCapra: *Representing the Holocaust: History, Theory, Trauma*, Ithaca, N.Y., Cornell University Press, 1994), pág. 18, nota 10.

36. Liliane Weissberg: «Introduction», en Ben-Amos y Weissberg, *Cultural Memory*, 15; véase también Yael Zerubavel: *Recovered Roots: Collective Memory and the Making of Israeli National Tradition*, Chicago, University of Chicago Press, 1995, quien argumenta: «La memoria colectiva trata continuamente entre recuerdos históricos disponibles y agendas políticas y sociales actuales» (pág. 5).

Las reservas en cuanto al uso de métodos psicoanalíticos en los estudios sobre memoria colectiva se extienden al concepto de trauma, que tiene una relevancia especial en nuestra comprensión del legado de las catástrofes colectivas. Ahora bien, a diferencia de los conceptos de inconsciente y de represión que individualizan y psicologizan de manera inapropiada los procesos de memoria colectiva, el uso del concepto de trauma ha tenido un efecto opuesto pero igualmente engañoso. Algunos trabajos recientes en teoría del trauma invocan el ejemplo del Holocausto como ilustración de la afirmación posmoderna más general sobre la indeterminación de la naturaleza de nuestra experiencia histórica y de nuestras representaciones de la misma. Las experiencias altamente específicas e inusuales y los retos memoriales de los supervivientes – quienes consideran que sus recuerdos de la «Solución Final» forman un ámbito de memoria volátil e independiente que resulta dolorosamente inconciliable con experiencias posteriores –³³ son propuestas como prueba de las características generales de carácter traumático de la condición postmoderna. En este sentido Cathy Caruth ha argumentado con relación al Holocausto que tal «crisis de la verdad se extiende más allá de la cuestión de la cura individual y plantea el problema de cómo podemos tener acceso en esta época a nuestra propia experiencia histórica, a una historia que en su inmediatez se encuentra en una crisis a cuya verdad no hay acceso fácil».³⁴ No sorprende que tal destrucción de la especificidad histórica se haya encontrado con una crítica resuelta, incluso por parte de teóricos muy favorables al uso de métodos psicoanalíticos en los estudios sobre la memoria. Dominick LaCapra, que ha trabajado sistemática y extensamente sobre el trauma y la memoria, ha señalado que «existe una gran tentación de desechar la especificidad y generalizar hiperbólicamente, por ejemplo, a través de un discurso extremadamente abstracto que puede en ocasiones servir como sustituto de una cierta forma de deconstrucción, elaborar una noción indiferenciada de la historia en su totalidad (o al menos de la modernidad en su totalidad) como trauma, y proyectar abusivamente el concepto de víctima y superviviente».³⁵

Yo iría incluso más allá en la crítica para sugerir que aunque algunas visiones específicas del pasado pueden haberse originarse en experiencias traumáticas, no retienen ese atributo una vez que se transforman en memorias colectivas exitosas. El concepto de trauma, así como el de represión, ni capta ni esclarece las fuerzas que contribuyen en la construcción y descomposición de las memorias colectivas. Incluso en casos de la llamada memoria colectiva aplazada (como es el caso del Holocausto o de Vietnam), el retraso en la aparición de debates públicos sobre el significado de pasados negativos tiene más relación con intereses y oportunidades políticos que con la persistencia de un trauma o con cualquier «escape» del inconsciente colectivo. Los pequeños grupos cuyos miembros han experimentado directamente tales hechos traumáticos (grupos de veteranos, supervivientes) sólo pueden conformar la memoria nacional si controlan los medios para explicar sus vivencias y puntos de vista, y si su perspectiva confluye en un momento determinado con objetivos sociales y políticos o con inclinaciones compatibles de otros grupos sociales importantes, como por ejemplo elites políticas o partidos. Los hechos pasados sólo pueden ser recordados en un escenario colectivo «si encajan en un esquema de intereses contemporáneos».³⁶

Un énfasis indebido sobre el individuo en las aproximaciones de corte psicoanalítico acerca de la memoria colectiva, así como la frustración ante la indiferencia posmoderna hacia las especificidades históricas, han conducido a intentos de repensar la intencionali-

37. Wood, *Vectors of Memory*, pág. 2.

38. Richard Terdiman: *Present Past: Modernity and the Memory Crisis*, Ithaca, N.Y., Cornell University Press, 1993), pág. 34. Véase también Aleida Assmann, *Erinnerungsräume*, pág. 132. Como Barbie Zelizer ha apuntado, «las memorias colectivas tienen textura, existen en el mundo más que en la mente de las personas»; Zelizer: *Remembering to Forget: Holocaust Memory through the Camera's Eye*, Chicago, University of Chicago Press, 1998, pág. 4.

39. Angela Keppler: *Tischgespräche: Über Formen kommunikativer Vergemeinschaftung am Beispiel der Konversation in Familien*, Frankfurt, Suhrkamp, 1994.

40. Tengo dudas con respecto a la existencia de una memoria colectiva europea porque todavía no se reproduce de un modo similar por toda Europa. Con la excepción de intelectuales y burocratas, quienes se reúnen alegremente y son pagados para discutir y administrar preocupaciones europeas (entre otras, la cuestión de una memoria colectiva europea), una memoria colectiva europea común todavía no existe. Para discusiones sobre esta cuestión véase Luisa Passerini (ed.): *The Question of European Identity: A Cultural Historical Approach*, Florence, European Historical Institute, 1998; Sharon Macdonald y Katja Fausser (eds.): *Approaches to European Historical Consciousness: Reflections and Provocations*, Hamburgo, Edition Körber-Stiftung, 2000; y Rudy Koshar: *From Monuments to Traces: Artifacts of German Memory, 1870-1990*, Berkeley, University of California Press, 2000, págs. 286-296. A pesar del nivel en el que las memorias colectivas son analizadas, es importante considerar las interdependencias entre los diferentes niveles de identidad colectiva. Cuanto más grande es el colectivo en cuestión, más importante es que su memoria esté reflejada y reproducida en un nivel más bajo de complejidad numérica. Por ejemplo, las memorias nacionales necesitan ser reproducidas en el ámbito familiar, profesional o en otros lugares donde la gente forma compromisos en sus vidas diarias; véase por ejemplo Alon Confino: *The Nation as a Local Metaphor: Württemberg, Imperial Germany, and National Memory, 1871-1918*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1997.

41. Barry Schwartz: *Abraham Lincoln and the Forge of National Memory*, Chicago, University of Chicago Press, 2000, pág. xi.

dad y la acción en modos que posiblemente definiríamos adecuadamente como reflexiones metodológicamente post-posmodernas. Nancy Wood ha esbozado este enfoque en su explicación de la memoria colectiva, el inconsciente y la intencionalidad:

Si la emanación de memoria individual está sujeta primariamente a las leyes del inconsciente, la memoria pública –sean cuales sean sus vicisitudes inconscientes– testimonia una voluntad o deseo por parte de algún grupo social o de una configuración de poder de seleccionar y organizar las representaciones del pasado de tal modo que sean aceptadas por los individuos como propias. Si las representaciones particulares del pasado penetran en el dominio público, es porque encarnan una intencionalidad –social, política, institucional y demás– que promueve o autoriza su entrada.³⁷

Wood se refiere a un número de posibles fuentes que «resueltamente» configuran memoria pública, y que van desde grupos sociales a instituciones y dispositivos de poder. En este sentido ha sintetizado correctamente y sutilmente las diferentes nociones de intencionalidad y poder actuantes en los estudios de memoria colectiva y que abarcan toda la gama, desde relatos históricos convencionales basados en la acción de individuos hasta indagaciones teóricamente fundamentadas sobre los límites de la cultura memorial perceptibles en tradiciones específicas y prácticas de representación histórica. Tal y como Wood ilustra, las intervenciones más interesantes en los estudios sobre memoria colectiva buscan sacar provecho de las interpretaciones postestructuralistas de los sistemas culturales de representación, pero esperan reconciliar tales interpretaciones con los métodos convencionales de los estudios históricos que ponen el acento en la acción humana y la intencionalidad aun que sin retornar a ideas simplistas acerca de éstas (incluyendo las freudianas).

Ahora bien, aunque la memoria colectiva no tiene una base orgánica y no existe en ningún sentido literal, y aunque implica una acción individual, la expresión «memoria colectiva» no es simplemente una expresión metafórica. Las memorias colectivas tienen su origen en comunicaciones compartidas sobre el significado del pasado y arraigadas en los mundos de vida de individuos que participan de la vida común de sus colectivos. Por ello, las memorias colectivas están basadas en una sociedad y en su acervo de signos y símbolos: «[L]a memoria no parece residir en la percepción de la consciencia sino *en lo material*: en las prácticas e instituciones de vida social o psíquica, que funciona dentro de nosotros pero que, extrañamente, no parece requerir nuestra participación o nuestra adhesión explícita».³⁸ Tales memorias colectivas existen en el ámbito familiar, profesional, en las generaciones políticas, grupos étnicos y regionales, clases sociales y naciones. Estos ejemplos indican que siempre formamos parte de varias comunidades mnemónicas, y que el recuerdo colectivo puede ser explorado en muy diversos órdenes; tiene lugar tanto en escenarios muy privados como en la esfera pública. En un extremo, podríamos rastrear memorias colectivas de pequeños grupos como familias cuyos miembros tejen una visión común del origen y la identidad familiar.³⁹ En el otro, estamos empezando a considerar memorias colectivas supranacionales como es el caso de entidad que sería la (todavía dudosa) memoria colectiva europea.⁴⁰ En cualquier caso, no obstante, «[I]a memoria colectiva funciona subsumiendo experiencias individuales en entramados culturales que las hacen comprensibles y, por consiguiente, significativas».⁴¹

Desde un punto de vista metodológico, las memorias son como mucho colectivas cuando trascienden el tiempo y espacio originales de los acontecimientos. Como tales, adquieren una intensa vida propia, «sin ataduras» en las memorias individuales reales, convirtiéndose en la base de todo recuerdo colectivo como memoria incorpórea, omnipresente,

de baja intensidad. Este punto ha sido alcanzado, por ejemplo, con respecto a la memoria del Holocausto en la sociedad americana. Como resultado, millones de personas comparten un campo limitado de historias e imágenes sobre el Holocausto aunque pocos tienen alguna conexión personal con los acontecimientos. Para muchos consumidores las historias e imágenes no constituyen experiencias particularmente intensas o abrumadoras, pero conforman, no obstante, las identidades y cosmovisiones de la gente.⁴²

La atención a las memorias colectivas de baja intensidad desplaza el foco de las políticas de la memoria y sus excesos de escándalo e intriga a los rituales y representaciones del pasado que son producidas y consumidas rutinariamente sin causar demasiado desacuerdo. La mayoría de grupos establecen temporalmente tales memorias colectivas y las reproducen durante años y décadas hasta que son cuestionadas y tal vez invalidadas, generalmente en el despertar de un cambio generacional. Estas representaciones repetitivas forman el eje de las memorias colectivas. Representan el común denominador en cuestiones de gusto histórico y se encuentran lo suficientemente difundidas, en amplitud y reiteración, para crear y mantener identidades grupales.

El estudio de rutinas memoriales puede ciertamente beneficiarse de los modelos psicológicos que ayudan a explicar su reproducción. No obstante, en este contexto la obra de Bergson podría constituir un punto de partida mejor que las interpretaciones de Freud, especialmente el concepto bergsoniano de «memoria de hábito». Su interpretación de «la existencia física como una encarnación de todas las posibilidades de representar el pasado en el presente» parece muy apropiada para llenar el vacío metodológico que hay entre la memoria individual y la colectiva.⁴³ Por ejemplo, el concepto ha mejorado significativamente nuestra comprensión de los rituales conmemorativos como procesos de memoria colectiva.⁴⁴

Entre la indiferencia y la obsesión: memoria y medios de comunicación

La proximidad social y física a eventos pasados y su posterior racionalización y memorialización no tienen por qué coincidir. No existe una conexión directa y natural entre lo real y lo recordado. Por una parte, las memorias colectivas podrían excluir eventos que representaron un papel relevante en las vidas de miembros de la comunidad (por ejemplo, la memoria de la Segunda Guerra Mundial en Japón). Por otra parte, eventos social y geográficamente distantes podrían ser adoptados para propósitos identitarios por grupos que no tuvieron ninguna participación en su despliegue (como en el caso de la memoria del Holocausto). Aunque la mayoría de grupos no harían suya la memoria de acontecimientos acaecidos en contextos culturales no familiares o históricamente distantes, sus memorias no dejarán de ser siempre fenómenos transmitidos. Todas las memorias, incluso las memorias de testigos oculares, adquieren relevancia colectiva únicamente cuando son estructuradas, representadas, y utilizadas en un escenario social. Como resultado, los medios de representación que facilitan este proceso proporcionan la mejor información sobre la evolución de las memorias colectivas, especialmente cuando tratamos de reconstruirlas a posteriori.

Los medios de comunicación de la memoria que nos ayudan a construir y transmitir nuestro conocimiento y sentimientos acerca del pasado se apoyan en diversas combinaciones de elementos discursivos, visuales y espaciales. Por tal razón, las memorias colectivas son *collages* multimedia que consisten en parte en «una mezcla de imágenes y escenas pictóricas, eslóganes, ocurrencias, y fragmentos literarios, abstracciones, tipos de argumentos

42. Los eventos mediáticos como *La lista de Schindler* y *Los Verdugos Voluntarios de Hitler* de Goldhagen son sólo la punta del iceberg. Se diferencian de representaciones más rutinarias y corrientes del Holocausto en que han provocado reacciones emocionales más intensas; para discusiones sobre estos eventos mediáticos véase por ejemplo Yosefa Loshitzky (ed.): *Spielberg's Holocaust: Critical Perspectives on «Schindler's List»*, Bloomington, Indiana University Press, 1997; asimismo, Johannes Heil y Ranier Erb (eds.): *Geschichtswissenschaft und Öffentlichkeit: Der Streit um Daniel J. Goldhagen*, Frankfurt, Fischer, 1998.

43. Matt Matsuda: *The Memory of the Modern*, Nueva York, Oxford University Press, 1996, pág. 8, véase también Jeffrey Barash, «The Politics of Memory: Reflections on Practical Wisdom and Political Identity», en Richard Kearney y Mark Dooley (eds.): *Questioning Ethics: Contemporary Debates in Philosophy*, Londres, Routledge, 1999, pág. 33-43.

44. Sobre la memoria de hábito y rituales conmemorativos, véase especialmente Conner-ton: *How Societies Remember*, págs. 1 y 5.

45. Fentress and Wickham: *Social Memory*, pág. 47.

46. Véase especialmente Rudy Koshar: *Germany's Transient Past: Preservation and National Memory in the Twentieth Century*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1998; Koshar: *From Monuments to Traces*; y James Young: *The Texture of Memory*, New Haven, Yale University Press, 1993.

47. Raphael Samuel: *Theatres of Memory, Volume I: Past and Present in Contemporary Culture*, Londres, Verso, 1994, pág. viii; véase también el clásico Frances Yates: *The Art of Memory*, nueva ed., Londres, Pimlico, 1999. En las discusiones sobre imágenes y conmemoraciones de la memoria colectiva se remite frecuentemente al trabajo de Aby War-

burg, el historiador del arte alemán que creó un laboratorio de estudios de memoria visual dedicados a documentar la transmisión de temas antiguos al arte europeo en el Renacimiento y posteriormente (véase E. H. Gombrich, *Aby Warburg: An Intellectual Biography*, Oxford, Phaidon, 1970). El interés de Warburg por la memoria de la elite ilustra la impresionante continuidad en estilo y tecnología que caracteriza a la comunicación de la memoria a lo largo de la historia de Occidente, pero su trabajo también nos hace ser dolorosamente conscientes del hecho de que las tecnologías de la memoria han experimentado una transformación radical en el curso del siglo XX. La transformación ha sido tan radical que nuestros intereses académicos por la comunicación convencional de la memoria (i.e., arte y arquitectura) ha asumido un carácter pintoresco y anacrónico. Comenzamos a estudiar el impacto en la memoria causado por la primera revolución mediática del siglo, representada por las películas y la televisión, mientras que nos encontramos actualmente en mitad de la segunda revolución mediática, la cual nos forzará a entrar en nuevos terrenos de la memoria colectiva en internet y nuevos códigos visuales y discursivos.

48. Sherman: *The Construction of Memory in Interwar France*, pág. 14. Naturalmente, las imágenes retienen ese poder sugestivo incluso si no están conectadas con ninguna experiencia auténtica.

49. Zelitzer: *Remembering to Forget*, pág. 6; Fentress y Wickham, *Social Memory*, págs. 47-49.

50. Sobre la infraestructura narrativa de la memoria colectiva véase Raymond Vervliet y Annet-Marie Estor (eds.): *Methods for the Study of Literature as Cultural Memory*, Amsterdam, Rodopi, 2000; Hayden White: *Metahistory*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1973.

51. Irwin-Zarecka: *Frames of Remembrance*, pág. 4.

52. Es más modesto y certero, aunque menos satisfactorio, asumir que las representaciones hablan principalmente de las memorias colectivas de sus productores, no de sus audiencias. Para un excelente ejemplo de esta aproximación, que trata a los periodistas como una comunidad interpretativa específica, véase Barbie Zelizer: *Covering the Body: The Kennedy Assassination, the Media, and the Shaping of Collective Memory*, Chicago, University of Chicago Press, 1992.

y tramos de discurso, e incluso etimologías falsas». ⁴⁵ También incluyen estatuas, lugares memoriales, edificios. Dada nuestra incapacidad para reconstruir estas constelaciones fluidas en su totalidad, debemos centrarnos en uno o dos grupos cada vez. Estos esfuerzos han dado lugar a apartados diferenciados en los estudios sobre la memoria colectiva. Un cierto número de pioneros teóricos de la memoria colectiva, incluyendo a Halbwachs, estudiaron los paisajes mnemónicos rurales y urbanos. Sus actividades han generado una oleada de investigaciones académicas en torno a monumentos y paisajes arquitectónicos como expresiones de la memoria cultural. ⁴⁶

Estrechamente relacionado con esta atención a las expresiones espaciales de la memoria se presentan los intentos de recopilar las imágenes que confeccionan nuestras visiones del pasado. Los investigadores que destacan las imágenes como vehículos de la memoria sostienen que desde la antigüedad hasta los tiempos modernos los medios de la memoria se caracterizan por «la primacía de lo visual». ⁴⁷ Una de las razones del estatuto de privilegio atribuido desde esta perspectiva a las imágenes en la construcción de la memoria deriva de su excepcional aptitud para cerrar, y en ocasiones incluso borrar, la brecha entre la experiencia de primera mano y el testimonio de segunda mano. Tal y como Daniel Sherman argumenta: «La vista es el único sentido lo suficientemente poderoso para tender un puente entre quienes disponen de una memoria enraizada en la experiencia corporal y aquellos que, careciendo de tal ‘vivencia’, no obstante, buscan compartir dicha memoria». ⁴⁸ Sin embargo, a pesar de su poder evocativo, las imágenes dependen de palabras que les proporcionen significado porque la relación entre una imagen y su interpretación ha de ser establecida. Una vez que se establece esa conexión y es fidedignamente reproducida, las imágenes «actúan como señales, indicando a las personas que recuerdan significados preferentes por el camino más rápido». ⁴⁹ Debido a esta estrecha relación entre imágenes y palabras en la formación de memorias colectivas, también puede accederse a ellas y estudiarlas a través de sus fundamentos discursivos y narrativos. Como resultado, los elementos discursivos de las memorias colectivas representan otro foco específico en los estudios sobre la memoria colectiva. ⁵⁰

Pero nuestra confianza en los medios de la memoria para la indagación sobre identidades colectivas del pasado es causa de dos problemas: un retorno no reflexionado al papel central de la acción humana en la historia (ahora como creadora de representaciones) que se conjuga con una inquietante indiferencia hacia las pruebas (que formarían parte de estas representaciones o se identifican con ellas). Las cualidades formales y semánticas de las representaciones históricas podrían tener poco en común con las intenciones de sus autores, y ni las características de los objetos ni los objetivos de los autores son buenos indicadores para posteriores procesos de recepción. De hecho, es particularmente interesante advertir la frecuencia con que las representaciones de los medios de comunicación son ignoradas o leídas a contrapelo de su intención o de sus mensajes explícitos: «Los individuos son perfectamente capaces de ignorar incluso las historias mejor contadas, de introducir sus propios significados subversivos hasta en los “textos” retóricamente más acabados y de prestar oídos sólo a aquellas interpretaciones del pasado que coinciden con las suyas propias». ⁵¹ Obviamente, esto entraña la posibilidad muy verosímil de que monumentos, libros y películas cuya historia haya sido cuidadosamente reconstruida, caigan rápidamente en el olvido sin llegar a configurar la imaginación histórica de ningún individuo o grupo social. ⁵²

53. El problema de la recepción en los estudios sobre la memoria ha sido enfatizado por Alon Confino, «Collective Memory and Cultural History: Problems of Method», en *American Historical Review* 102/diciembre 1997, págs. 1386-1403; véase también Samuel: *Theatres of Memory*, pág. 8; e Irwin-Zarecka: *Frames of Remembrance*, pág. 14.

54. Para la memoria colectiva (o no-memoria) de la Guerra de Corea en Estados Unidos y para notables excepciones para la relativa falta de interés académico en la historia de su memoria, véase Paul Edwards, *To Acknowledge a War: The Korean War in American Memory*, Westport, Conn., Greenwood Press, 2000; y especialmente James Kerin: *The Korean War and American Memory*, Tesis Doctoral, University of Pennsylvania, 1994.

55. Para reportajes sobre los crímenes de guerra estadounidenses en Corea véase Sang Hun Choe, Charles J. Hanley y Martha Mendoza: «G.I's Tell of a U.S. Massacre in Korean War», *New York Times*, 30 de septiembre, 1999; y Michael Cobbs: «Shoot Them All: Half a century after the Korean War, members of the 7th Cavalry Regiment and hoped for recognition; instead they are having to account for what happened at No Gun Ri», *Washington Post Magazine*, 6 de febrero, 2000.

56. Las únicas imágenes ficticias ampliamente distribuidas sobre la guerra son las de la serie televisiva M.A.S.H. que frecuentemente no son siquiera asociadas con cualquier referente como «Guerra de Corea» en las mentes de sus espectadores. Véase Kerin: *The Korean War*, pág. 245.

57. Sturken, *Tangled Memories*, pág. 1.

58. Irwin-Zarecka: *Frames of Remembrance*, pág. 155; Samuel: *Theatres of Memory*, pág. 35; y Winter y Sivan, «Setting the Framework», pág. 18.

59. Inge Marssolek y Adelheid von Saldern: *Radiozeiten: Herrschaft, Alltag, Gesellschaft (1924-1960)*, Potsdam, Verlag für Berlin-Brandenburg, 1999. Véase también Inge Marssolek: «Vertraute Töne und Unerhörtes: Radio und Gedächtnis im Nachkriegsdeutschland», en Domansky y Welzer (eds.): *Eine offene Geschichte*.

La prestidigitación epistemológica desde la representación a la memoria, podría ser fácilmente evitada, aunque los resultados de nuestros esfuerzos académicos podrían no hablar más de memoria, y no digamos ya de memoria colectiva. Una cosa es escribir la historia intelectual de la génesis de determinados artefactos culturales que compartan ciertas características (tema, autor, lugar, tiempo). Otra totalmente diferente es relacionar esas representaciones con grupos sociales específicos y su entendimiento del pasado. El segundo paso implica conocimiento acerca de los procesos de recepción, algo que va más allá del ámbito convencional de las aptitudes de los historiadores; es también objetivamente muy difícil de establecer.⁵³

Tal vez estos problemas metodológicos quedarán más claros si consideramos por un momento una memoria colectiva «fallida», por ejemplo, la memoria de la Guerra de Corea en Estados Unidos. A diferencia de la memoria colectiva de las guerras mundiales, del Holocausto y de Vietnam, estudiadas de manera extensiva, las historias e imágenes de la Guerra de Corea nunca han llenado nuestros medios de comunicación ni han sido objeto de especial interés académico.⁵⁴ La Guerra de Corea ha sido una guerra «olvidada», extraviada entre la heroica lucha contra Hitler y el trauma de Vietnam. Pero la situación parece haber cambiado en los últimos años. Así, el quincuagésimo aniversario de la guerra, los primeros pasos hacia la reconciliación nacional en Corea, y algunas noticias sobre crímenes de guerra cometidos por las tropas americanas durante la campaña han alimentado el interés en la historia de aquella guerra y su herencia de división nacional.⁵⁵ Por primera vez partes interesadas, como los veteranos de guerra y sus asociaciones, tuvieron la oportunidad de proyectar su propia memoria colectiva de la guerra en una esfera pública más amplia, contribuyendo de esta manera a conformar una memoria colectiva nacional de la Guerra de Corea en los anales populares de las intervenciones militares de Estados Unidos. No obstante, ahora que este momento ha pasado, la memoria de la Guerra de Corea posiblemente volverá a desaparecer, a pesar de todos estos esfuerzos.⁵⁶

El ejemplo ilustra dos aspectos importantes de las representaciones históricas. Primero, la mayoría de las historias sobre el pasado, incluso las diseñadas para alcanzar popularidad como memorias colectivas futuras, nunca van más allá de un reducido grupo de iniciados. En «el campo de la negociación cultural en la que diversas historias pugnan por un lugar en la historia» el fracaso es la regla.⁵⁷ El ejemplo anterior ilumina uno de los mitos fundadores de los estudios sobre la memoria. Éstos presuponen un deseo raramente reconocido, pero no particularmente sorprendente, de homogeneidad cultural, consistencia y predictabilidad. A menudo simplemente asumimos que las personas que tienen algún conocimiento y puede que incluso un gran interés en acontecimientos del pasado como la guerra de Corea o el Holocausto, tienen percepciones sustancialmente similares acerca del acontecimiento en cuestión y por tanto forman una comunidad interpretativa estable.

Cuando dejamos atrás el terreno relativamente seguro de la memoria de testigos oculares, de la acción intencional en políticas de la memoria y del análisis de hechos de gran envergadura como los genocidios o las guerras, la memoria colectiva empieza a escapar del alcance conceptual. De hecho, nos enfrentamos a una verdadera paradoja: cuanto más «colectivo» es el medio (esto es, cuanto mayor sea su audiencia potencial o real), menos probable será que su representación refleje la memoria colectiva de dicha audiencia. A menudo los lectores de libros específicos o los espectadores de un programa de televisión en parti-

60. Margaret Archer: *Culture and Agency: The Place of Culture in Social Theory*, segunda edición, Cambridge, Cambridge University Press, 1996; véase también François Dosse: *The History of Structuralism*, 2 vols., Minneapolis: University of Minnesota Press, 1997.

61. Realizando entrevistas en profundidad, los investigadores han tratado de reconstruir la evolución de las actitudes y emociones sobre eventos pasados como resultado del consumo mediático e interacción personal. Véase, por ejemplo, Michael Kohlstruck: «Der Bildungswert von Geschichtsmedien und Deutungskonflikten», en Domansky y Welzer (eds.): *Eine offene Geschichte*, y Hans-Dieter Kübler: «Medienbiographien» en Manfred Brobrowsky et al. (eds.): *Medien- und Kommunikationsgeschichte*, Viena, Böhlau, 1997; y véase en general Prue Chamberlayne et al. (eds.): *The Turn to Biographical Methods in Social Science*, Londres, Routledge, 2000.

62. Véase, por ejemplo, Lutz: *Das Geschichtsbewusstsein der Deutschen*; y Rosenzweig y Thelen, *The Presence of the Past*.

63. Véase, por ejemplo, Werner Bergmann: *Antisemitismus in öffentlichen Konflikten*, Frankfurt, Campus, 1997.

64. Véase, por ejemplo, Elihu Katz: «Viewers Work», en James Hay et al. (eds.): *The Audience and its Landscape*, Boulder, Westview, 1996, págs. 9-21; véase también James Webster et al. (eds.): *Ratings Analysis: The Theory and Practice of Audience Research*, segunda edición, Mahwah, NJ., Laurence Erlbaum, 2000.

65. En este contexto, los modelos psicológicos juegan otra vez un papel importante en la interpretación de la interacción diaria entre los medios de comunicación y su audiencia. Véase, por ejemplo, Janet Staiger: *Perverse Spectators: The Practices of Film Reception*, Nueva York, New York University Press, 2000; Melvyn Stokes y Richard Maltby (eds.): *Identifying Hollywood's Audiences: Cultural Identity and the Movies*, London, BFI, 1999; Bob Mullan, *Consuming Television: Television and its Audience*, Oxford, Blackwell, 1997; Tamar Liebes y James Curran (eds.): *Media, Ritual and Identity*, London, Routledge, 1998; Michael Carlton y Silvia Schneider (eds.): *Rezeptionsforschung: Theorien und Untersuchungen zum Umgang mit Massenmedien*, Opladen, Westdeutscher-Verlag, 1997.

cular no forman una comunidad interpretativa cohesionada porque utilizan la misma información mediática para fines muy diversos. Al mismo tiempo, a pesar de los problemas para determinar el efecto preciso de cualquier evento mediático en su audiencia, no podemos simplemente excluir de los estudios de la memoria a la vasta mayoría de consumidores que jamás asumirán el papel de creadores de memoria más allá de los confines de su propia familia o profesión. Todos estos problemas y desafíos tienen su mejor ilustración en la televisión, el medio de comunicación más importante para la reflexión histórica en el siglo XX, pero que, por eso mismo, ha influido en las identidades históricas de una amplia gama de comunidades mnemónicas.⁵⁸

A la vez, los estudiosos de la memoria colectiva que tienen presente el problema de la recepción se enfrentan a otro serio problema a la hora de obtener datos fiables. Los medios que trasladan las representaciones tienden a difuminarse en la conciencia de las audiencias durante el proceso de consumo. Los oyentes de radio, por ejemplo, regularmente olvidan la fuente de sus recuerdos de sucesos históricos; pueden recordar las historias pero no tienen constancia de haberlas escuchado por la radio y generalmente las atribuyen a otras fuentes, como la televisión, libros de texto o incluso sus familiares. Como resultado, los consumidores podrían suscribir con entusiasmo determinadas interpretaciones históricas, pero no serían capaces de identificar su origen aun si emprendemos la ardua tarea de preguntarles directamente.⁵⁹

Hay algunas vías de salida de este *impasse* metodológico. Lo menos ambicioso y más ampliamente practicado es lo que Margaret Archer ha llamado la «síntesis hacia abajo» del estructuralismo.⁶⁰ Como se ha señalado, muchos investigadores de la memoria colectiva mezclan rasgos del sistema cultural con actividades socioculturales. Asumen que las características estructurales de los medios de comunicación dominantes coinciden hasta cierto punto con las perspectivas de sus usuarios. Este enfoque puede tener alguna validez si las representaciones en cuestión están cuidadosamente contextualizadas, es decir, si podemos demostrar que las representaciones específicas encontraron una gran audiencia y se enfrentaron a una reducida competencia con otros medios de comunicación. Podría concluirse, más en concreto, que las lagunas y vacíos de cobertura, consistentes y persistentes, son difíciles de superar independientemente por el público y podrían por tanto abrirse paso hacia sus mentes.

Por otra parte, como una vía para sortear el problema, los historiadores crean sus propias fuentes de materiales. Los investigadores en historia oral, por ejemplo, han reconstruido biografías mediáticas como un modo de averiguar cómo responden los consumidores a las representaciones de los medios de comunicación, y cómo su papel en tanto que espectadores interactúa con otros hechos y actividades de sus vidas proporcionándoles con una cosmovisión histórica.⁶¹ Asimismo, los historiadores han participado ocasionalmente en el diseño de sondeos de opinión a gran escala con la finalidad de poner en claro qué tipo de conciencia histórica tienen colectivos específicos.⁶² Ante la escasez de estos laboriosos proyectos, los historiadores pueden explotar con gran beneficio los datos existentes, recogidos por entidades comerciales y académicas en el pasado.⁶³ Por ejemplo, existe una enorme cantidad de encuestas y datos de audiencia que los sistemas televisivos comerciales y públicos han acumulado en el pasado medio siglo y que todavía no se consideran fuentes históricas relevantes.⁶⁴ Finalmente, los historiadores de la memoria colectiva bien podrían beneficiarse de las sofisticadas discusiones sobre recepción y comportamiento de la audiencia desarrolladas en el marco de los estudios culturales y de medios de comunicación.⁶⁵

Dado que el consumo de historia deviene cada más discontinuo y fragmentado en el tiempo y en el espacio, las comunidades de memoria raramente se constituirán sobre la base de interpretaciones compartidas de acontecimientos específicos. Los consumidores están cada vez más vinculados únicamente a medios de comunicación a los que acceden de manera individual y muy selectiva. Consecuentemente, los medios de comunicación, su estructura y los rituales de consumo que prescriben, podrían representar el componente compartido más importante de la conciencia histórica de la gente, aunque este proceso no presencial, semiconsciente, no-referencial y descentralizado, es extremadamente difícil de reconstruir a posteriori.

Los investigadores de la memoria tendrán que continuar diseñando vías innovadoras de interpretación de la recepción de los medios de comunicación para así estudiar las memorias colectivas pasadas, contemporáneas y futuras. Debemos averiguar qué historias del pasado importan a quién y cómo han sido difundidas. Concretamente, los historiadores deberían identificar nuevas fuentes y situar los estudios de la memoria sobre una base empírica sólida. Los investigadores deberán dejar de lado supuestos simplistas, asumidos tácitamente, como el de que el trabajo sobre la memoria histórica puede reducirse al estudio de la acción intencional o que la representación coincide con la recepción. En este proceso es decisivo no perder de vista que los medios de comunicación que tienen que ver con la memoria, especialmente los electrónicos, ni reflejan ni determinan sin más la memoria colectiva, pero están inextricablemente involucrados en su construcción y evolución.⁶⁶

Conclusión

Los estudios sobre la memoria ofrecen una oportunidad de reconocer que las representaciones históricas son negociadas, selectivas, orientadas hacia el presente y relativas, si bien hay que insistir en que las experiencias que transmiten no pueden ser manipuladas a voluntad.⁶⁷ En otras palabras, en las mejores contribuciones a los estudios sobre la memoria colectiva subyace la convicción de que «la implicación de la memoria con narrativas culturales y procesos inconscientes tiene mucho que ver con una comprensión de la relación de la memoria, por compleja y mediada que sea, con la historia, con sucesos o incluso, y eso sería más problemático tal vez desde una perspectiva posmoderna, con los “hechos”».⁶⁸ De esta suerte, los estudios sobre la memoria colectiva han pasado a convertirse en un terreno de encuentro excepcionalmente fecundo entre diferentes concepciones de la sociedad y el cambio social. Por una parte, los estudiosos de la memoria colectiva han descifrado exitosamente la semántica y los parámetros narrativos del recuerdo social que informan y limitan la imaginación histórica de los miembros de cualquier colectivo dado y que están inscritos en los medios de comunicación así como en nuestros cuerpos y mentes. Estas formaciones culturales podrían ser definidas de diversas maneras, como formaciones discursivas, *habitus*, estilos de pensamiento, arquetipos, paradigmas, o simplemente como tradiciones. No obstante, de uno u otro modo todos ellos enfatizan la importancia de poderosos factores impersonales que configuran las cosmovisiones de las personas. Aquí hay coincidencia con las interpretaciones de la historia constructivista y postmoderna. Por otra parte, los análisis más convencionales de las vidas y hechos de políticos, artistas e intelectuales, revelan cómo los individuos negocian y ponen a prueba los límites de estas percepciones heredadas del pasado. Casi por definición este tipo de trabajos ponen el acento

66. Steve Anderson: «Loafing in the Garden of Knowledge: History TV and Popular Memory», *Film and History* 30/2000, pág. 16.

67. Assmann, *Erinnerungsräume*, págs. 249-250.

68. Radstone, «Working with Memory», pág. 10.

69. A este respecto, los estudios sobre la memoria colectiva también nos permiten reunir aproximaciones a la cultura que se consideran a sí mismas como científicas y aquellas que prefieren pensar en sí mismas como interpretativas, cercanas a las artes creativas, y por tanto proporcionan un lugar perfecto para exploraciones interdisciplinarias de la cultura; véase Victoria Bonnel y Lynn Hunt (eds.): *Beyond the Cultural Turn: New Directions in the Study of Society and Culture*, Berkeley, University of California Press, 1999, págs. 4-5; véase también Mieke Bal (ed.): *The Practice of Cultural Analysis: Exposing Interdisciplinary Interpretation*, Stanford University Press, 1999.

70. Klein: «On the Emergence of Memory in Historical Discourse», pág. 144.

71. Marius Kwint: «Introduction: The Physical Past», en Kwint et al. (eds.): *Material Memories*, Oxford, Berg, 1999, pág. 3. Esta posición tiene seguidores; véase, por ejemplo, Nick Merriman: «Introduction», en Merriman (ed.), *Making Early Histories in Museums*, Londres, Leicester University Press, 1999, quien sugiere que «el significado es producido por medio de la interacción entre la muestra, la interpretación y lo que el visitante toma de este proceso» (pág. 6); véase también Koshar, *From Monuments to Traces*, pág. 10.

en la energía creativa de individuos específicos. Pese a sus diferencias, el enfoque que se centra en las formaciones culturales y el que lo hace en la acción individual, no son mutuamente excluyentes en la subcultura académica de los estudios de la memoria.⁶⁹ En este aspecto el campo de estudio parece haber logrado la cuadratura del círculo. Tal y como Kerwin Klein dice acertadamente, aunque tal vez con un exceso ironía, los estudios de la memoria colectiva «prometen dejarnos tener nuestro esencialismo y también deconstruirlo».⁷⁰

Se reconoce la necesidad de utilizar métodos diversos, pero las investigaciones empíricas sobre la memoria colectiva no han progresado *metodológicamente* a través de explicaciones detalladas acerca de los creadores de artefactos de la memoria, aunque tales indagaciones de historia intelectual son ciertamente importantes. De una manera similar, el conocimiento histórico sobre la memoria colectiva sólo ha mejorado marginalmente por el interés en los estudios neurológicos de la memoria humana. Tales esfuerzos interdisciplinarios pueden ser impresionantes, pero no nos acercan más a la comprensión de la dinámica social y cultural específica del recuerdo colectivo. En vez de eso, las ambiciones interdisciplinarias en humanidades y ciencias sociales deberían dirigirse más cerca, a los estudios culturales y de la comunicación. El estudio de los métodos de estas disciplinas es más probable que aporte las herramientas para analizar la construcción de memorias colectivas en el proceso de consumo de medios de comunicación.

Finalmente hay tres importantes perspectivas conceptuales que confluyen en el momento de la recepción, cuando las memorias potenciales pasan a ser memorias colectivas reales, cuando se produce y acepta una selección del enorme repertorio de relatos e imágenes estándar sobre el pasado: el momento de la consciencia histórica. Habrá que promover y desarrollar los estudios sobre la memoria colectiva centrando la atención en los procesos de comunicación entre los creadores de memoria, los usuarios de la memoria, y los objetos visuales y discursivos y tradiciones de la representación. Este triángulo hermenéutico «implica un diálogo abierto entre objeto, creador y consumidor en la construcción del significado».⁷¹ Estos tres elementos deberían ser los artífices y los protagonistas de las historias de la memoria colectiva. Tal enfoque podría proporcionar asimismo pautas claras y fiables para distinguir entre el vasto excedente de memorias colectivas potenciales, por una parte, y los relativamente escasos ejemplos de construcción exitosa de memoria, por otra ■

□ Traducción de Salvador Ortí Camallonga

Imagen inicial:
Karel Hájek,
manifestación estudiantil
contra el fascismo (1936)